

dudoso un cierto no sé qué de vanidad.

-¿Vanidad, niña?

-Abuela, vanidad; un creerse superior a todos vosotros, a todos los demás.

-¡Superior!, ¿quién puede mantenerse en la creencia de estar siendo superior a los demás cuando se ve catapultado hacia el retrete por un retortijón?

-Abuela, ¡dices unas cosas!... "Catapultado"... , catapultar no era palabra de tu mundo; cocinabas y planchabas camisas que daba gusto verlas, pero...¿hablar?... Además, no era retrete; retrete era la tabla con un agujero que teníais en el corral, pero, aquello...aquello era un bidón hediondo.

-¿Maloliente?

-Nauseabundo.

Un bidón en una esquina, así, sin intimidad y sin decoro; un bidón muy visitado después de las sesiones de ricino...Son cosas que no debí contar jamás.

-Ella, mi hija, un poco de razón sí puede que la tenga, madre, ¡vanidad!

-Calla, hijo. Tú estás muerto..., no me puedes hablar.

-También tú, y desde mucho antes. Cuando regresé tú ya no estabas, ¿te acuerdas?

-¡No me voy a acordar!

-¿Y el abuelo tampoco?

-Calla, niña. Al abuelo no guiso nunca oírlo de nombrar.

-¿No, papá?

-No.

-¿Por qué?

-Niña, cosas de mayores...Y él nunca lo guiso perdonar.

-¿Qué cosas?

-De mayores, te digo...¡ay qué niña!

-Pero, ¿se había muerto o no, cuando volviste?

-No se acuerda.

-Sí que me acuerdo, madre; pero como si no, que nunca quise verlo.

-¿Sólo por eso?

-Sólo.

Y le digo que sólo, que nada más por eso, a mi hija. Y a mi madre nada; ni a mi madre ni a mi hermana, mi única hermana hija de ambos, de mi padre y mi madre, nada porque ni